

# CAMINANDO POR MI TIERRA. OTRAS ZONAS DEL VALLE DE RICOTE

F. Saura Mira

En defensa del Valle de Ricote.

*“Cuando abra la puerta y me  
asome a la escalera, sabré que  
abajo empieza la calle.”*

JULIO CORTAZAR

Conviene dar inicio a este periplo íntimo, personal y deleitoso, en el valle de Ricote, que conforma un ademán importante; se nutre de diversidad de aspectos geográficos, etnológicos y paisajísticos que se deben defender a toda costa, tratando de evitar la constante urbanización que afea el espacio y lo aturde sin más. Ello hay que advertir ante el impacto de un llamado progreso que puede deteriorar este núcleo de pueblos que integran el valle, toda su lozana huerta que se inserta en sus rinconadas y bordes que nos relatan un pasado que hasta no hace mucho tiempo retenía la hermosura de su entorno, con las espadañas de sus iglesias y la luz llana y cabal que se aspira en su interior, donde los caminos y cañadas nos hablan de su crónica y de su hidalguía señorial. Trataremos a su vez de las emociones que nos ha ido dejando una amplia serie de contactos con los pueblos, sin apelar al orden, pero sí al impacto producido en nosotros, porque viajar es algo tan mágico como necesario que hay que aprovechar tratando de reconocer su más prístina imagen; la de las viejas piedras y monumentos de esas ciudades y pueblos que nos esperan a fin de aglutinar en la retina sensaciones inolvidables. Pero no olvidamos que desde el viaje se acomodan los sentimientos y se conquistan los valores más auténticos del hombre. Es, sin duda, el viaje una forma de encontrarse a sí mismo y de hallar la belleza que se deposita en las formas y en los lugares apartados, a veces tan necesarios como misteriosos.

Trataremos de enrolarnos en los detalles arquitectónicos como en la holgura de los paisajes que se esparcen por nuestras zonas cercanas, pues lo bello se encuentra cerca de nosotros y hasta se puede afirmar que lo llevamos dentro.

Queda integrado el valle de Ricote, al que nos asomamos, por una serie de caseríos que conviven con la montaña que les sirve de defensa, se encierran en su mismo empeño por mostrarse ausentes de toda osadía que los discrimine, al margen de la civilización que cada vez insiste en arriarse a su término, evitando su enigmática elocuencia, su temperamento morisco impactante, aunque por desgracia el progreso y una pésima planificación urbanística, hace que su entorno vaya deteriorándose, con las graves consecuencias que ello supone.



Porque estos pueblos del valle se asoman con su estirpe y razón de ser, algo que facilita nuestro contacto para acercarnos a ellos. Se instalan en su caducidad ensamblada con el tiempo que los dispone en una precisión ajustada a su

auténtica esencia, lo que se dignifican desde la visión magna que se apura en ellos... En realidad asistimos en este espacio natural, a un espectáculo bello cuando se otean estas viejas aldeas desde cualquier altura una vez que comenzamos nuestra andadura a través de la clásica y singular Archena, que nos evocan las más prístinas sensaciones en nuestra retina. Pero es que nos hemos de acercar a estos parajes con el alma dispuesta a acurrucar-

se en las mas exquisitas mieles, con el fin de admirarse de su entorno y disfrutar con la calmosa reverberación de luz que se intensifica en los instantes sustanciales de sus giros tonales.

Siguiendo con nuestra ruta anunciada y precisa, sin tener en cuenta en ningún momento algo determinado, damos con el típico y entrañable caserío de Ulea, como algo inédito que muestra su osamenta de siglos, se estira sobre su largura para ir construyendo una serie de piezas de arquitectura que se adornan con el color que el tiempo le otorga. Se dejan dormir sus silenciosas casitas ocreas en el espacio sugerente de su geografía, dejando resaltar en esa dilecta panorámica la silueta de su iglesia rodeada de un casar con envoltura de matices que se van dejando notar a medida que se le observa. Y al fondo se deja asomar el monte señero y discreto de color gris como algo que apura su mejor estilo y le otorga majestad al paisaje.

Nos encontramos ante un espacio medieval engarzado con mansiones adheridas a su carácter que se recortan como viñetas románticas dispuestas a ser dibujadas, como diorama de una escena de los pasados siglos, en que el elemento arábigo formaba parte de su mejor latido, pues no es extraño dar con algún resto pétreo almohade, como signo básico de su calidad mas interesante, sin orillar el sesgo santiaguista de su vieja e inédita crónica que nos sigue admirando una vez que nos integramos en su pasado, tan rico como desvencijado y que precisa de un mayor expurgo por archivos y documentos que nos conecten con su verdad y autenticidad. En todo supuesto la misma versión de su gente dispuesta en todo tiempo a señalarnos leyendas que se ayuntan en sus rincones mas desconocidos, como entregarnos sus mas íntimos sentimientos sobre su forma de ser y de relacionarse con su entorno, hace que nos sintamos dispuestos a peregrinar por su costado, imbuirnos del espíritu que

late en la esencia espiritual de su pasado que late en el esquema de su configuración mas rancia y sugestiva..

A veces nos arrimamos a este valle con el fin de someternos a los signos de su estallido estacional y hallamos la densa dimensión de ese latido otoñal envuelto en las luces y sombras de su paisaje visceral, aunando las creencias de sus vecinos que sienten la llegada de la víspera de Todos los Santos y van preparando su corazón hacia quienes les dejaron. Es el momento de acudir al cementerio que queda en una zona de silencio, camposanto que es cita necesaria de cada uno de los familiares que se acerca para recordar y unirse a quienes se fueron antes. De tal forma se provoca una relación directa entre el familiar y quien está esperando en el mas allá la comparecencia ante el Sumo Hacedor, pues en esa relación se expresa todo un muestrario de ritos dignos de tener en cuenta. Se nota en el ambiente la dimensión mágica del momento como algo que nos envuelve y ajusta a los mas íntimos sentimientos del ser humano. Entiendo que en estas fechas religiosas el humano tome constancia del enigma del tiempo, desde la soledad de su destino como atisbo de algo que intuyen drásticamente, como si presintiera la gravedad de su existencia, entramada en la levedad de las cosas, plasmando su interés en las relaciones con Dios que es su único consuelo, el auténtico consuelo para el creyente. Sin duda que se intuye estos sentimientos y creencias entre los vecinos de estos pueblos acurrucados en sus mas alejados recodos, como se advierten datos de negrura en la reacción de los mas jóvenes que están sometidos a ciertos atavismos cuando se les observa quedamente, pues a este respecto nos hemos encontrados con crios en el término de este poblado cuya única misión es hacer el mayor daño posible a los gatos que suelen abundar por doquier, pues su estampa va unida a la gesta sombría de sus juegos preferidos, lo

que nos lleva a pensar en ese lado oscuro y un tanto mágico de estas poblaciones sumidas aún en un cierto oscurantismo. Al menos a mi me sugieren aspectos lúdicos muy enraizados con viejas y ancestrales costumbres.

Pero en todo caso las vivencias que se nos otorgan en estos espacios caminando por sus laberínticas callejuelas, que procuran un gozo exquisito, nos introducen en capítulos con unas secuencias inéditas de envergadura.

Se nos enganchan sutiles delectaciones al dar con sucintos puestos en el clásico mercadillo, donde en el día indicado se dan cita la mayoría de vecinos que recorren las tiendas para hacer sus compras, una serie de cosas que le sirven para sus necesidades, pero es el mercado una vieja forma de encontrarse en el viejo paraíso donde se puede dar con el manjar apetecido. Se da un trato entre el comprador y vendedor que conocen el intrínquilis de la faena que van a desempeñar. En la plaza de Ulea se anota el farol con el recodo y la calle que te lleva a espacios olvidados. Ulea es el pueblo de las calles recortadas, sumidas en forma de escalones, cuajados en ocasiones, de numerosos gatos de todas clases que pasan por tu lado y se marchan. huyendo de no se que extraña apreciación. Pero es imprescindible seguir caminando por su recio laberinto callejero para saborear la vida que por allí se estremece, recogiendo la calidad de su gente, el olor de las flores que se acurrucan en sus macetas que adorna sus balcones. De vez en cuando alguien llama con voz gruesa a la vecina de al lado y esta le contesta, o puede que el mozo del lugar haga un llamamiento general a los vecinos para que le compren sus abalorios, algo que se suele repetir muy de vez en vez y que nos evocan aquel pasar del quinquillero o del arreglador de diversos utensilios, el vendedor de higos de pala, que los suele haber y muy sabrosos por estos lares, como el lotero que

intenta la venta de su lotería en tiempos pegados a la Navidad y otras fiestas por el estilo.

Pero es posible que demos con una calleja recogida y que con el nombre de Binondo se la conoce, por donde uno se puede perder y enfrentarse a una soledad momentánea, algo que, a quienes nos gusta perdernos por la ciudades y pueblos, nos proporciona un regusto singular, pues sirve para comenzar una nueva aventura que nos proporcionará indudablemente muchos encuentros de gran calidad estética y anímica. Creo además que esto ha constituido siempre una de las revelaciones mas importantes de mi vida, las tengo presentes en sutiles y hondas delectaciones en mis viajes por el extranjero, pero también por zonas de Albacete en los términos de Letúr caminando por su barrio mudéjar recio y muy atractivo.,pero estas vivencias ya las iremos resaltando en su momento. Por lo que a esta calle se refiere, se instala en el intrínquilis del pueblo, resaltándose su singular arquitectura que nos sirve de regocijo, pues aúna los elementos de carácter medieval donde todo queda ahormado en un misterioso encaje de encuentros pleno de olores y matices. Por esta calle se huele a tapial, a geranio y huerto entrañable ;todo su perfil abre una serie de encuadres plásticos que nos embriagan y sumen en advertencias copiosas de hitos estéticos, resaltando la calidad de su contenido con la serie de balcones repletos de macetas que nos sugieren sucintos huertos con el rostro de la primavera fulgiendo en su derredor. Por otro lado cabe intensificar el gesto y sorprendernos ante el artesanado de sus ventanales forjados por viejos herreros que santificaron sus días completos en la fragua de Vulcano, algo que da vestigio de su pasado morisco. Pero junto al olor que se aprecia en sus calles y la gracia de sus aportes resalta la entidad de la palmera voluptuosa que se impone como dama del lugar, envolviéndolo todo con su gracia y altane-

ría y se nos carga el paisaje con la gracia y hondura de un diorama fecundo que nos evoca algunas aldeas marroquíes.

Ulea es ante todo un enclave robusto que se ampara con la soledad de su entorno geográfico que le sirve de diorama fantástico, como dispuesto para un escenario medieval secundado por viejos latidos de su crónica y donde la secuencia de su templo parroquial nos introduce en graves apreciaciones y enfoques.

Para conocer una ciudad en sus líneas mas significativas hemos de apurar sus detalles, sus olores y mirarla desde sus ámbitos mas opacos, incluso buscar sus aspectos mas profundos y olvidados. Nunca saborearemos la ciudad por grande a pequeña que se nos aparezca si no investigamos sobre su interiorismo, nos entregamos en cuerpo y alma a su latido que se aprecia en los datos mas difusos, mas apartados e inéditos que mantiene, pues como dice Aldo Rossi "la ciudad en su vastedad y en su belleza, es una creación nacida de numerosos y varios momentos de formación : la unidad de estos momentos es la unidad urbana en su complejo; la posibilidad de leer la ciudad con continuidad estriba en su prominente carácter formal y especial". De aquí el interés que mostramos por congelar los instantes de su historia, la categoría de su vocación que se va delatando en su propio espíritu.

### **EL VALLE DE RICOTE EN EL BLOC DE NOTAS. (IMPRESIONES DE UN ESTETA)**

Nada más reconfortante para quien escribe que caminar por nuestros pueblos, documentados unos en la sequedad de su paisaje o bordeando el bosque de su sierra en otros contenidos. Pues ambos condensan su identidad en sus referencias sensibles, amén de proclamar la hondura de su crónica como señal de su señorío.

Creo que es buena la ocasión para retomar los rasgos admirables de este valle de Ricote que huele a sura coránica,

a versículo evangélico, a singladura morisca en el ademán de sus habitantes. Y es que esta tierra plegada a los conjuros de sus antepasados se embosca en la liturgia de sus viejos usos, en las plegarias y el atavío de su gente, en el labriego que se enrosca entre sus faenas y carga cada día con su trabajo. Se domina en el aire mismo un embrujo de misterio que consagra viejos afanes de trashumancia, de trajín contenido en el pergeño del capacho para la almazara ; todo deja traslucir una insinuación de menudencia en el hacer diario.

La sierra acompaña y señala límites, mientras sus riscos señeros se engolfan en sus latidos almohades dejando ecos antañones en el valle. Y en el centro del paisaje cabe dominarse la iglesia de San Sebastián que arrebujá en sus faldas las casas apretadas; las que vislumbré en aquellas tardes lánguidas de viajes solitarios por su derredor, tomando apuntes dibujísticos en el bloc de notas que aportaron un lienzo de gran tamaño con visiones de ensueño.

Ricote me absorbe desde su rasgo plástico por el color y estigma de la tierra, con la sierra azul de fondo, con la Loma fundiéndose en el casar. Todo se aprieta en sucintas parcelas que se adjuntan en un grácil abigarramiento, como si el montículo quisiera aportar su lenguaje en este varío y persuasivo rostro de gran lienzo con calles rezagadas y sombrías, troncos de



árboles sesgados, ventanales embozados y estrechos, terrazas abiertas que son miradores envidiables desde los que se domina al fondo el roce de una viejecita esquivando una calle.

De Ricote y su valle conozco casi todo,

el olor y el gusto de sus vinos desde el contacto con sus viejos pastores que utilizan sus cañadas destrozadas por la abulia del progreso que va invadiendo su castidad original, que daña y fustiga, congela la rica temática de su naturaleza. Porque todo el paisaje es un libro que describe su historia arabesca enfrascada en su antañona madrisa gestual, latido de rémora santiaguista que se esconde en sus moradas y emblemas fecundos; todo confirma la lealtad de estilo de un valle que siempre es ocasión para la mirada.: confabulación de la mente y la fantasía.

Me embelesa este pueblo morisco, cita de la voz y la delicia, preludio de sinfonías infinitas que dejan su sonido en el alma. Ricote se asienta en mi corazón como el beso de la amada a la que se requiere a la sombra de una fuente, por la que corre el agua. Se hace gesta en cada ocasión festiva cuando Enero asoma su rostro de blancura en las crestas de sus sierras.

Nada hay que despreciar de este espacio de facundia que asimila este paisaje y mucho menos la impronta que cada uno de sus edificios ha ido dejando en la misma, más aún si nos referimos a las aldeas del Valle de Ricote que nos entusiasma por su esquema arquitectónico y la resonancia de su vegetal sonoro. Sobre el paisaje se elevan las torres indecisas de sus iglesias y ponen sugerencias en el alma del hombre religioso, en el sentido de religado, como diría Zubiri, con Dios, que es la única dimensión que se hace salvífica para el hombre. Son cinco los templos que se levantan en el valle morisco y antañón. santiaguista y deleitoso: las iglesias de S. Sebastián, S. Bartolomé, S. Agustín o la de la Asunción principalmente que responden a un estilo arquitectónico y proclaman su recia catadura forjando una seña de identidad marcada por su auténtica impronta.

Quedan adosadas a sus recintos y se dejan imbuir de su talante, a veces se elevan con sus delicadas torres o se adueñan

de su propio espacio deletreando la calidad de su silueta. pero en todo caso gusta advertirlas y dejarse llevar por su elocuencia, que estos templos son siempre el soporte de la fe de sus habitantes, cita constante para sus devociones y sucinto espacio para las plegarias de sus vecinos. Sobre todo sirve de consuelo para quienes han de velar a sus muertos y después rezarles en su interior. Por eso alabamos la calidad de estos aposentos sagrados que son los recios basamentos de la fe del pueblo que vibra con los festejos de sus patronos, que acuden a la llamada de sus campanarios, fieles a todo el acontecer que surja en la villa, desde los eventos mas felices a los mas amargos. En todo caso el templo, su figura queda enhiesta y turgente, se hace protagonista de todo el acontecer de la vida de su población. De ahí la necesidad de su alabanza, de la justicia en poner en claro la razón de ser de estas iglesitas esparcidas por nuestra región. documentadas en la singladura de su misma estirpe. Pero es que desde la altura de estos campanarios se domina un mundo diverso, se atisba la sonancia del paisaje que forma parte del mismo con sus perfiles mas olvidados.

Conviene en este punto dar referencia de la iglesia de Villanueva del Segura, una de estas villas que emergen desde el valle milenario y nos envuelve en detalles sucintos, pues es interesante adentrarnos en los escuetos relatos de un templo realmente acusativo de una serie de problemas que se han ido resolviendo posteriormente.

La verdad es que encuadrar esta villa en el tiempo es tornar a las raíces del mismo valle con su color agareno y tesitura cristiana después; es en todo caso merece la pena deletrear la casta posición de toda una crónica asumida y encontrada, con sus perfiles de toda índole y en la que vamos oteando restos de viejos castillos que nos hablan de combates perfilados en los riscos y laderas de sus montes. Cabe significar la tangible elocuencia de

sus viejas mezquitas sostenidas con la voz del almuedín que sonaba cinco veces para regocijo de los fieles que dejaban su trabajo para dedicar su alma a su Dios, que sería después el centro de los templos cristianos con el parpadeo de la elocuente versión de su semblante santiaguista en los siglos siguientes, pues en el XV presenta la villa su singular apostura, siendo visitada por Francisco León por mandato del Maestre santiaguista, cosa muy usual en estas prácticas, quien desde su perspectiva observa disidencias con relación a aspectos administrativos de la iglesia. A tales efectos y teniendo en cuenta la opinión de historiadores, nuestra villa referenciada se llamaba antiguamente Asnete y Benmur( lo que nos hace pensar que fueran caseríos de Ulea), con sus características propias que se fueron desarrollando en el devenir de su historia. Se trataban de casares ubicados en la cercanía del río como arteria fecunda y precisa que diera vida a su entorno. Con el paso del tiempo se recalca la importancia de su contenido y adquieren vida propia teniendo en cuenta la presencia de una Casa Consistorial que va a dar singladura a su desenvolvimiento futuro: todo un momento henchido de avatares y donde la expulsión de los moriscos incide en una serie de anécdotas consabidas pero que se fueron superando con el tesón y habilidad de sus mismos labradores. Es en el siglo XVIII cuando comienza a recomponerse el perfil del concejo con su templo y el Ayuntamiento, junto a la presencia de blasones y edificios de envergadura que le otorgan cierta categoría a todos los niveles.

La iglesia de Villanueva del Segura mantiene una construcción dieciochesca que le da cierto empaque en el decorado brioso que la enmarca, con sus dos torres inconclusas pero que reafirman su personalidad, como las naves que enfatizan su interior. La conmemoración del templo el año 1982 dio a la imprenta una serie de trabajos en torno a las características del



mismo, tratándose de su configuración y de la esencial expresión de la fe popular hacia sus patronos, entre otros San Roque, templo por otro lado consagrado a la Virgen de la Asunción. Dicha iglesia se forja

sobre planos de Juan de Villanueva aunque tuvo sucesores arquitectónicos sucesivos como Ramón Berenguer y que por fin acuñan su empaque debido al interés de sus políticos y entre los que hay que mencionar a la ilustre familia de los Cobos y Massa, y por supuesto a la intervención del cura de Ulea Fray Jesualdo, aunque en honor a la justicia no podemos, en este punto, dejar de alabar el interés mostrado por el político Canovas del Castillo quien desde su ámbito madrileño y con los avatares que su tiempo imponía, tuvo criterios básicos y fundamentales para desarrollar tesis en beneficio de este templo de la villa del Segura, hombre con unas cualidades que le hacen ser partícipe de los mejores logros de la villa entre otras muchas cosas. Finalmente el templo da su fin merced a la intervención del celeberrimo arquitecto de Hellín Justo Millán de singular memoria entre los murcianos, arquitecto que tantas obras ha legado y que son dignas de nuestra mejor consideración. En la construcción de la iglesia es importante la aportación de los vecinos y la intervención del canónigo arcipreste D. Rafael Alguacil Martín. Cabe mencionar como dato curioso el primer bautizo que se hizo en la misma con el nombre de Teresa

Dólera López en fecha de 21 de Octubre de 1882, como se resalta el nombre del primer matrimonio de Enrique López Ortiz y del primer fallecido Cecilia Gambín Abenza

Desde luego merece la pena que se cuiden estos monumentos que la apatía

deja al contacto del tiempo, por lo que es usual su deterioro como se puede advenir de la visita que pudimos efectuar hace unos meses, que corroboran los datos que ya teníamos de hace unos años cuando viajamos por todo el Valle con el ánimo de recoger apuntes y dar a la imprenta unas vivencias que han quedado guardadas en el interior del cajón, ya que es tiempo de indicar la necesidad de recuperar lo más esencial de nuestro patrimonio local y regional. De esta guisa observamos el deterioro del interior del templo como del campanario, ya que encaramarse por su escalera de caracol es un auténtico riesgo, como otear a través del ventanal del mismo, desde el que se observa una vista bellísima de la localidad, algo que nos hunde viejas sensaciones y nos atraen en verdad en riesgos de sucintas evocaciones literarias que nos podrían llevar al mismo diablo Cojuelo capaz de introducirse, desde su altura, en las entrañas del pueblo. A la sazón el reloj que atisbamos mantiene una maquinaria traída del mismo Japón, cosa por otro lado que nos hace pensar en los gastos concejiles para hacer frente a la recuperación de sus monumentos que, como señala nuestro ínclito Saavedra Fajardo, son elementales en los valores más nítidos de cualquier república literaria que se precie de serlo

Pero es que además conserva su interior una serie de capillas deterioradas con santos de la devoción popular dignos de tener en cuenta pero que le faltan los ornamentos esenciales para crear fervores.

Nos sorprenden en ocasiones los pueblos al dar con vestigios de indudable importancia, con cuadros y personajes que lo envuelven en valores de gran interés, pues esto nos ha acaecido a nosotros con motivo de acudir en una mañana luminosa de Villanueva del Segura a su residencia de ancianos regentadas por monjitas que cuidadosamente emplean su trabajo en ayudar a nuestros mayores,

algo que en verdad es digno de anotar. Lo interesante es que en dicha residencia pude contemplar lienzos bellísimos de grandes autores que con los nombres de Carreño o Murillo se conservan en este Hogar elegante y henchido de ternura, merced al cariño que otorga generosamente Sor Amada, monjita dedicada en cuerpo y alma a estas labores que quedan olvidadas en este mundo vacío y en el que apenas se encuentra un tanto de acogimiento. Precisamente nos admira un recio y sabroso retrato de la Hermana fundadora fechado en el año 1872 bajo la maestría del gran Carreño, pergeñado con una factura de pintor versado en este tema tan vidrioso, donde la gama de color forma parte de toda una tesitura admirable que resplandece ante la mirada del contemplador que se acerque al cuadro. La fundadora está vestida de huertana y ello le otorga mayor dimensión y gracia, ya que el artista pudo indagar a todos los efectos sobre el atavío de esta tierra acogedora, fértil y sugerente más aún por la presencia en esta residencia de un familiar de Vicente Medina Vera que a su edad, pasando los noventa y tantos años, nos evocaba anécdotas del pintor que oriundo de Archena mantuvo relación con la huerta murciana dándonos a la retina su magnífica obra "Un día más", que se guarda con toda clase de mimos en el Museo de Bellas Artes de la capital.

### **OJÓS Y SU IMPRONTA ARABESCA**

Se recoge este pueblo junto al Segura, con su entrañable arquitectura que le sirve de marco para la mirada del artista que queda ansioso de acudir a su ámbito, recorrer sus calles e integrarse en la nomenclatura de su interior. Hay como una especie de romanticismo en esta villa que nos invita siempre a saborearla, recorrerla y hundirnos en su crónica menuda, sencilla, que persiste desde el siglo XVIII, aunque sus casas más apartadas se remontan al medioevo. El nombre

de Ojós señala la calidad de su huerta que se nos presenta como una dama bella que se repliega sobre ella misma, dejando al desnudo sus mas puras esencias. Desde su empaque de urbanismo arabesco que se retiene en su interior, hasta la extensión de su huerta y el entorno de los montes que la circundan, la villa nos anuncia un lugar muy grato para intuir y hallar en su interior miles de razones para escuchar el susurro que anida en ella, como si se abrieran las páginas de un libro vetusto y nos admiraran los dibujos alusivos a personajes y crónicas inéditas. De tal calidad es este pueblo que se integra en el valle como estampa adorable que nos emociona y provoca dulces sensaciones. Ojós, concejo medieval, nos emociona cuando asistimos a su encuentro, andamos por sus calles recoletas, donde el tiempo no se nota y todo se muestra en su sintonía con el pasado. Hay algo en su médula interna que deja un detalle, cala hondo en el alma, es como una vaga sensación de leyenda y realidad, de fantasía y hondura que se hace tangible, como si viviéramos momentos de sutilidades indefinidas. Pero además su escueta presencia, la garra que se sostiene en el paisaje que lo envuelve con sus sierras y peñas que le acompañan, forman un decorado espléndido para la retina del artista que lo sabe contemplar. Se destacan entonces cientos de detalles admirables que nos informa de su capacidad de atraer, más todavía si nos fundimos por sus callejuelas en las que se intuye cierta magia.

En el centro del pueblo aparece la iglesia dedicada a San Agustín, templo escueto y solemne que se abre en determinadas ocasiones, sobre todo en los días de sus fiestas tan animadas como entrañables y llenas de actividades lúdicas, en cuyas fechas se puede admirar sus calles y los balcones engalanados con referencias a sus santos patronos, San Agustín y la Virgen de la Cabeza a la que veneran con fre-

nesí. Son sutiles menudencias de la villa ajustada a la convivencia de unos vecinos labriegos, que conocen cada esquina y saben de sus faenas, mientras el río acompaña en sus orillas dejando enlaces con los demás pueblos del valle. Pero en este punto gesta su elocuencia y aporta su belleza en sus giros y meandros, junto al estanque y las acequias que riegan sus tierras fértiles. El templo se advierte desde perspectivas ajustadas a sus escorzos inciertos, más aun desde posiciones que se hacen sonoras en la perspectiva del pintor que busca con ilusión cada encuadre, ello a modo de intuición, delatando el embrujo de su contenido estético, pues es natural que se deje abrir su pose con el entorno del peñón que atiende su robusto encaje, proponiendo colores enigmáticos en sus términos, algo que la paleta del artista sabe recoger desde el tiempo preciso de su captación.

Puede que nos delimite la mirada el diorama sagrado y sugerente de los montes desde el Chinte al Peñón y el denominado Montéjar con sus radicales y provocativos recodos silenciosos preñados de suaves rasgos colorísticos, pues ello da lugar a la visualización del pueblo entendiendo el viejo refrán que pulula entre sus vecinos de que “lo primero que se ve en Ojós es el Peñón y Montejar”.

El Peñón es una estampa típica del valle que se instala en su toponimia como algo que le proviene de nacimiento, de tal estilo es su garbo, su presencia en dibujo de pirámide empotrada en el paisaje, pero con su gracia y perenne densidad poética. Se le observa incluso bordeando el pueblo encaramándose hacia el mismo Ricote, dejando una vista colosal y hermosa, de tal plasticidad que abre posibilidades de encantamiento para el entrañable momento de la contemplación. Pero se ocultan otros instantes de belleza a través del puente que hace años cursaba el paso hacia los laterales de la población relatando la suave entonación de los



colores que nutren el entorno, con el río de por medio, dejando las orillas repletas de bancales con olor a azahar que es lucimiento espiritual de su aire, el que se suma al deleite de los sentidos: el del olfato que fluye al rozar los senderos de su huerta con la semblanza medieval y arabesca de la noria empotrada en el quicio de sus orillas. Cabe una serie de lisonjas en este itinerario de la contemplación mas señera, como el regusto por la sonata que entona el latido del ayer, lo que la gente, el pueblo conoce como leyenda que es formato de sus sueños y expresiones orales. Acaso las que quedan por escuchar y sentir desde los flujos de su temporalidad. Alguien relata en su versión la leyenda en torno al Salto de la Novia, desde el quicio mismo del risco donde, en la crónica de moros y cristianos, se arrojó la doncella al río desde su altura, ello por despecho al amado cristiano; dato trágico que encierra el lugar con todo su inédito encuadre que nos detiene el pensamiento y hace meditar sobre la mala hora de la hermosa mora, aquella que forjaba cuitas amorosas en el sitio que le dicen la Pila de la mora, para adjuntar mas despropósitos en tales romances. Pues narraciones de esta índole las hay y muchas, cuando se cuida el oído y se deja libre curso a la imaginación, sentando cuitas y repasando ardores lingüísticos por estos pagos de recia catadura musulmana y cristiana. Y hasta se puede dorar el remate con sucintos episodios urdidos en la olvidada Fuente del Pino o la Cueva de los Telares, todo ello mientras uno provoca giros de caminos por la fecunda robustez de la sierra que retiene rasgos insólitos y nos abruma con los magníficos posos y quebrados que retienen los ecos de un pasado lejano, envuelto ahora en líricas secuencias sacadas de añejos relatos que escriben estrofas relacionadas con el agua, tan fecunda como necesaria, apoyando la sabiduría del labriego de esta zona capaz de conjurar al mismo

demonio para que llueva o abrir plegarias a la Virgen de su devoción para que no llegue la sequía a provocar la tragedia. Pues estamos en lo de siempre que escarba sobre la misma letra del huertano limitado por el clima que lo envuelve.

En todo caso el roce de las callejas y adarves que merodean el intríngulis de Ojós, nos llena de ese silencioso sonido del agua que estampa su sello en los rincones mas amenos y dulces, donde se dan cita las lavanderas de la villa que acuden, como antaño, a lavar la ropa a este refugio de conversación y faena, como antiguamente lo hacían sus abuelas acurrucadas en su faena, reteniendo el sonido del agua de la acequia del Cañar, de tanta solera, en el interior del Lavadero, con su techumbre precisa y al contacto con las dos palmeras que en la plaza se yerguen como dos hitos frente al paisaje áspero y dorado de su contorno, por donde se escucha el rodar del agua que se apura en los molinos que fueron harineros y que apenas conservan su impacto de poder y de gloria pasada.

Nos encantan sus calles estrechas que se pierden o encierran entre paredones caducos, nos requieren para etablar un monólogo con las paretas dormidas en la cabecera de siglos, por las que trepan ramajes enraizados en sus lomos o se apresura el gato negro a encaramarse por ellas para saltar al inédito patio, acaso dirigirse hacia el tejado cubierto por el tupido color de lluvias tempranas y apartadas. Pero sobre todo el silencio que se escucha por esas rúas escondidas, cercanas a la plaza, por las que apenas pasa alguien: la viejecita que se dirige a no se donde, o se dibuja el macetero en la anchura del viejo balcón que apenas se observa y que un sencillo rayo de sol le otorga la belleza inusitada de ese lánguido espacio corto, por el que nos puede asombrar una fachada con el blasón adusto, como doncel que, de pronto, nos ilustra de su sabroso linaje de los Massa, donde todavía se reseña los herrajes de

una ventana sombría con sus detalles de la cruz, que duerme sus sueños de eternidad, como el patio trasero del noble edificio, tan denso de follaje como bellissimo en su trazado de rancia arquitectura en su total decadencia.

Algo indeciso radica en estas calles que se revuelven y pierden, donde uno puede entablar un soliloquio con cada portón entreabierto, con las ventanucas misóginas que se clavan en su sitio, donde cabe aparecer en su interior una figura envuelta en su atavío típico, emulando al viejo morisco, cabe que nos aturda el farol que apura su énfasis en una esquina o la bombilla escondida que ha tiempo que no entrega su luz precisa. Todo nos relata escenas de antañones eventos sencillos que colmaban los anhelos del municipio con la versión del sereno, que en el siglo XIX ponía lances de seguridad en la vecindad, pues que de ello da cuenta la normativa de los concejos, junto a una serie de aspectos regulados en su pormenorizado trazado, con el fin de regular los servicios públicos y la relación de fiestas. Pero eso sí, dentro de los cauces de la moral que estaba presente en el momento. En ese instante la villa local ponía énfasis en el interés general al que se refiere Santo Tomás, por lo que había de tenerse en cuenta todo el somero contenido de la normativa eclesial imperante, sin desbocar ni dar el mas mínimo contenido a la libertad en su sagrado criterio. Ojós apenas cambia su vieja estructura y se sigue notando aquel embrujo decimonónico, sus rasgos entrañables que la civilización urbana suele astillar para dar una nueva configuración a los pueblos. Por el contrario, se resiste a dejar su alma prístina al visitante que acude a su ámbito para degustarla en los diversos significados. Delata su configuración afincada a las formas de vida antañona, a sus usos y facetas de sus labriegos, viejos moriscos que en la época moderna le dieron lustre, dejando una

huella imborrable en las formas y hábitos que son los que persisten y se les presentan al etnógrafo que desea investigar y adentrarse en sus páginas mas inéditas. Cabe merodear por sus calendas en la ilusión de vivir y emocionarse con su crónica, aunque a su vez busquemos la mas escabrosa que se refugia en las sombras y penumbras de sus habitáculos, en los edificios desgajados que tuvieron vida, en los blasones que nos dan referencia de un personaje ínclito en este valle y cuyo nombre habría de escribirse con letras de oro por su eficacia en la gestión de servicios para el mismo, como lo fue don Pascual María Massa Martínez, Político avezado que trabaja en los escaños madrileños en la época del tribuno Canovas del Castillo, tratando de orientar su labor en pro de este valle de feraz huerta; estampa bella a la que se referían nuestros clásicos barrocos, espacio agraciado por una geología que nos evoca el Atlas marroquí, asentado en el vergel de una huerta esplendida. Personaje singular este cuya mansión hemos descrito y que habría de restaurarse para bien de los vecinos, personaje que está en la mente de cada vecino del municipio, como el de su esposa afincada en la villa, resorte básico para influir en el marido cerca de la corte, en el bien de aquellos, lo que gestiona a través de donaciones importantes a favor de Villanueva y demás entidades que forman parte de este valle recoleto y bello que, sin embargo, va deteriorando una amorfía urbanización que desgarrar la nobleza del entorno, aportando apatía y afeado el paisaje de nuestros ancestros. Se trata pues de una figura que merece nuestra admiración y cariño por sus trabajos sobre el Valle y Alguazas, como deja constancia de ello Díaz Cassou en sus trabajos sobre esta zona.

En cualquier caso es interesante otear el significado de los blasones que quedan empotrados en los muros y fachadas de nuestros municipios y que delatan la histo-

ria de aquellos, señalan el linaje y dan constancia de una gloria que es preciso respetar y mantener, pues como aduce Cascales y Saavedra Fajardo, en su *República Literaria*: por cuatro cosas se inventaron las insignias y divisas de los escudos: porque el caballero fuese conocido, por memoria y recuerdo de algo, por señal de nobleza y por algún acto bélico digno de memoria “,pues por cualquiera de estas cuatro cosas podría advertirse tal alcurnia y tenerla por categoría popular. Pues que el escudo formula la dimensión más ebúrnea de la historia local y por supuesto de la patria, donde la presencia del castillo y del león en sus carteles o la de las barras y flores de lys en los de Aragón y las otras versiones de los de Navarra, como el escudo que imponen los Reyes Católicos del yugo y las flechas, dan cuenta del origen; componen toda una reliquia de nuestra más prístina crónica patria que es preciso respetar en toda su dimensión acuñada a lo largo del tiempo. Impone su recia verdad y el acontecer histórico vale como verdad inapelable, sin que se pueda transformar su sentido y su significado, pues que estas reflexiones valen para criticar toda otra acción que determinadas posturas buscan para proceder a la variación de sus blasones, algo que debe respetarse en su auténtico significado, sin posibilidad de manipular la versión original del mismo.

Lo que sucede es que bajo la sombra del templo de Ojós se encierra un angosto esquema de secuencias que nos incitan a bucear por su lateral, sintiendo el rumor de sus campanas como deladoras de la más sensible vida de sus feligreses, vecinos apiñados en mantener la unidad del pueblo, de sentir alegrías y sufrimientos cuando se asoma la señal de la tragedia en su ámbito, como al unísono se dan cita las mujeres en el lavadero que es el sitio más apropiado para entablar conversaciones y dejar trazos de su vida, en ese escenario palpitante donde se habla de todo lo divino y humano.

Intuyo en este espacio mágico e históri-

co del valle santiaguista un encuentro de las tres culturas que fraguaron su gesta en su derredor, dejando una huella imborrable e imperecedera. De momento el árabe impone su cuño en convivencia con el hebreo de alguna forma sometido o viviendo en convivencia en esta zona, dentro de sus propios cometidos, y desde luego el cristiano viejo luciendo su poder, pero en una conseguida tolerancia que cuenta en Murcia con sus características no exentas de ciertas tensiones. Todo este pasado deja un poso de narrativa que tiene relación con el mito y la versión oral del cuento que queda patente en la memoria de estos habitantes. Es en verdad un lujo asomarse a la convivencia de sus gentes para en horas determinadas, en época de invierno, ayuntar criterios y recoger los romances y narraciones que salen de sus bocas, como relatos de viejos amores entre moros y cristianos, o referencias a pasadizos que iban a las zonas altas del castillo, como la presencia de una muralla potente que servía de defensa del valle y de Cieza ante correrías de los árabes, que viniendo de zonas de Jaén, provocaban tropelías en ellas, como no deja de conmovernos las escenas de las bellas moras que bajando de los riscos se bañaban desnudas en las aguas del Segura, en tanto que los ojos del cristiano se dirigían a estas beldades evocándonos la narraciones de las Mil y una Noches. Son textos de romances que se presentan llenos de situaciones sensuales y fantásticas que ya las abuelas contaban a las nietas en sus noches infantiles.

Ojós sacude en ocasiones sus afanes de progreso y se queda en lo que es: rostro arabesco de su mejor estirpe. Porque aguanta siglos en su magno decorado manteniendo su escenario fantástico. Pero sobre todo es un empaste de color, de lienzo pergeñado al calor de los siglos, por eso asimila su grata sensación de pueblo hundido en su crónica menuda y mágica, como formando parte de ese misterio envolvente de su topografía capaz de enamorarnos a quienes

asumimos la necesidad del respeto a la vetustez de los pueblos y villas linajudas. En el concejo se satisface la necesidad de recogimiento y unción que suele cubrir los espacios de estos vestigios arcaicos y robustos, sentando calidades pétreas de gran valor, pues no es tanto el gesto de su enfoque estético como la densa sonoridad de elementos que se conjugan en su interior ;todo ese clamor que ajusta su siniestra y rotunda capacidad de mostrar su rostro romántico desde su realidad mas insólita, como manteniendo un extraño perfume de libro añejo que nos admira cuando lo abrimos y notamos la calidad de su factura insinuante. Todo se aquilata en su rumor y deleite en su contorno, mantiene su silencio y latido laberíntico que aún su voz con el contagio de las cosas que se nos aparecen: esas figuras lánguidas que surgen quédamente por entre las esquinas de sus calles recogidas. La silueta de sus ancianas que, como en los momentos festivos dedicados a San Agustín y la Virgen de la Cabeza, salen de sus moradas lánguidas y rancias, para sentarse en un banco en el lateral del templo. O cabe insinuar por algún tejado a los gatos que desde sus misteriosos rincones van enfilando alturas para sus devaneos, como el aliento que se agarra a los portales de sus casitas vacías o entregadas a soledades infinitas. En los festejos del santo patrón San Agustín se nota el trajín del pueblo, habla el pasado y el presente en una comunión de expresiones festivas que se aprecian en el formato y desparramo de sus habitantes, en el colorido y realce del decorado de sus calles y plazas. Se da un palpito en el ambiente, recreándose un sucinto delirio en el estallido de la fiesta que estrecha contactos y acumula gestos de ternura en cada detalle que apenas se aprecia o en todo supuesto se hace visible desde el trémulo contenido del acompañamiento humano. Ojós queda patente en tales instantes y refuerza su acomodo en la madurez de su vida local que se conjuga con los sentimientos religiosos de sus gentes hundidas en la delicia de sus formatos costumbristas.

Ojós se adhiere a su pasado en el intríngulis de calles menudas que con los nombres de San José, San Roque o de los Massa, que retoma el linaje de esta familia; aborda su entramado y cuño de añejo concejo hilvanado por el perfil del árabe que le otorgó su sentido, reclamando la señal de su carácter como relato de crónica en el vértice de su hagiografía, pero se suman otras calles con nombres localistas que enfundan su cosmos geográfico desde el peculio general de los Massa, como enlace a singladuras que aportan otras sugerencias de mejores propósitos. En todo supuesto la villa se enraíza entre sus límites mismos, dejándose encallar en el quicio de su empaque sin nada más que estar presente en sus fechas lúdicas, presintiendo el goce que depara su mismo perfil que se consagra a sus dioses o lares del lugar, dejando en su haber un paisaje que va conformando el río a su paso por ese vergel de verde, encanto para el espíritu que se fortalece con la calidad de sus remansos en el aforo que sitúa el estanque, como verbo de la vista que se regocija con su empaque. Mientras en los quijeros del río, que se sedimenta y gira en meandros hasta Ulea, deja sus acequias casi secas y se ampara en los bancales de limoneros que exhalan de sus hojas un olor a azahar, de tanta catadura que semeja todo una estancia paradisíaca, sobre todo en su remozada plaza que da al curso del río, por donde se escucha el rumor del agua y se ajusta, a lo lejos, el farallón del monte sobre sus casas y el templo, que semeja un grabado de Doré. Queda la villa sumando horas en ese renacer asiduo y generoso, realzando la pureza de un paisaje añoso y original que se hace émulo de los viejos cuentos orientales y puede que en el interior de una vivienda, a altas horas de la noche la abuela comience a contar a sus nietos aquel cuento que se iniciaba:

-Érase una vez...

(Continuará).